

Inazo Nitobe

# BUSHIDO

El código del Samurái



Pirana



Inazo Nitobe

# BUSHIDO

El código del Samurái



Prana 

# Bushido

Prana 

*Bushido*

© Inazo Nitobe



D.R. © Editorial Lectorum, S.A. de C.V., 2022  
Batalla de Casa Blanca Manzana 147-A, Lote 1621  
Col. Leyes de Reforma, 3a. Sección  
C.P. 09310, Ciudad de México  
Tel. 55 5581 3202  
[www.lectorum.com.mx](http://www.lectorum.com.mx)  
[ventas@lectorum.com.mx](mailto:ventas@lectorum.com.mx)

Segunda edición: septiembre 2022  
ISBN: 978-607-457-745-7

D.R. © Portada: Angélica Carmona Bistráin  
D.R. © Imagen de portada: Shutterstock ®

Características tipográficas aseguradas conforme a la ley.  
Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización  
escrita del editor.

# Índice



:

:

[Prefacio](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I · El Bushido en cuanto a ética](#)

[Capítulo II · Las fuentes del Bushido](#)

[Capítulo III · Rectitud o justicia](#)

[Capítulo IV · El valor, el espíritu de audacia y de resistencia](#)

[Capítulo V · La bondad para con el dolor](#)

[Capítulo VI · La cortesía](#)

[Capítulo VII · Veracidad y sinceridad](#)

[Capítulo VIII · El honor](#)

[Capítulo IX · El deber de lealtad](#)

[Capítulo X · La educación y la instrucción de un Samurái](#)

[Capítulo XI · El control de sí mismo](#)

[Capítulo XII · El suicidio y la reparación de los agravios](#)

[Capítulo XIII · La espada, el alma del Samurái](#)

[Capítulo XIII · La espada, el alma del Samurái](#)

[Capítulo XIV · La educación y la posición de la mujer](#)

[Capítulo XV · La influencia del Bushido](#)

[Capítulo XVI · ¿El Bushido está siempre vivo?](#)

[Capítulo XVII · El futuro del Bushido](#)

■

*Dedico este pequeño libro a mi querido tío Tokitoshi Ota,  
quien me enseñó a venerar el pasado y admirar los logros  
del samurái.*

■

### **Esa vía**

En la cima de la montaña, en la cual aquel que se para es capaz de dudar si se trata del camino; mientras si lo mira desde el desecho mismo, la mira desde allí, de base a cúspide, ¡Nada vago, nada confundible! ¿Qué es una grieta o dos si las vemos desde los desiertos perfectos a nuestros lados?

Así (para introducir una renovada filosofía), ¿si las grietas mismas comprobaran al fin ser el logro más consumado para entrenar al ojo de un hombre, y enseñarle lo que es la fe?

Robert Browning  
*La apología del Obispo Blougram*

Existen, si me es permitido decirlo, tres espíritus poderosos que, de vez en vez, se han movido sobre la superficie de las aguas y le han dado un impulso predominante a los

sentimientos morales y energías del hombre. Estos son los espíritus de la libertad, de la religión y del honor.

Hallam

*Europa en la Edad Media*

La caballeridad es la poesía de la vida.

Schlegel

*La filosofía de la historia*

## **Prefacio**

Hace aproximadamente diez años, cuando pasaba unos días bajo el techo hospitalario del arrepentido M. Laveleye, distinguido jurista belga, durante una de nuestras divagaciones, la conversación giró hacia el tema de la religión. "¿Quiere decirme...", preguntó el venerable profesor, "...que en sus escuelas no existe ninguna instrucción religiosa?" Al yo responder que no, de pronto se detuvo, sobrecogido y, en una voz que no he de olvidar fácilmente, repitió: "¡Ninguna religión! ¿Cómo se imparte la educación moral?" En ese momento, la pregunta me aturdió. No pude darle una respuesta hecha, puesto que los principios morales que había aprendido en mi infancia no fueron impartidos en la escuela y no fue hasta que comencé a analizar los distintos elementos que conformaban mi noción de lo correcto e incorrecto, que supe que había sido el Bushido lo que los había metido por mis narices.

El origen directo de este pequeño libro se debe a las interrogantes propuestas por mi esposa en cuanto a las razones por las cuales ciertas costumbres e ideas prevalecen en el Japón.

En mis esfuerzos por ofrecerles respuestas satisfactorias a M. de Laveleye y a mi esposa, encontré que sin una comprensión del feudalismo y del Bushido, las ideas morales del Japón actual resultarían un libro cerrado.

Aprovechando el ocio obligado por una enfermedad prolongada, dispuse un orden, mismo que ahora presento ante el público, para alguna de las respuestas que se ofrecieron en nuestras conversaciones hogareñas. Consisten principalmente de lo que me enseñaron y lo que me fue dicho durante mi juventud, cuando el feudalismo aún estaba en vigor.

Con Lafcadio Hearn y la señora Hugh Fraser de un lado y, del otro, Sir Ernest Satow y el profesor Chamberlain, es de hecho desalentador escribir cualquier cosa japonesa en inglés. La única ventaja que tengo sobre ellos es que puedo asumir la actitud de defensor personal, mientras que estos escritores son, cuando mucho, procuradores y abogados.

Muchas veces he pensado: "Si yo tuviera el don del lenguaje de aquellos, presentaría el caso de Japón en términos más elocuentes!" Pero el que escribe en un idioma prestado debe estar agradecido por el simple hecho de poder hacerse entender.

A lo largo del libro he intentado ilustrar cualquier punto con ejemplos paralelos tomados de la historia y literatura europeas, creyendo que dichos ejemplos ayudarán a acercar el tema al entendimiento de lectores extranjeros.

Si cualquiera de mis alusiones a temas o ministros religiosos se llegaran a interpretar como un desaire, confío en que mi actitud hacia el cristianismo como tal, no será cuestionado. Son los métodos eclesiásticos y las formas que oscurecen las enseñanzas de Cristo, a los cuales les tengo poca

simpatía, mas no a las enseñanzas mismas. Creo en la religión enseñada por El, misma que nos ha sido entregada por medio del Nuevo Testamento, así como en la ley escrita en el corazón. Más aún, creo que Dios ha creado un testamento al que todo pueblo y nación se podría referir como "antiguo" —trátase de gentiles, judíos, cristianos o paganos—. En cuanto a lo que resta de mi teología, no hace falta que abuse de la paciencia del público.

Como conclusión a este prefacio, quisiera agradecer a mi amiga Anna C. Hartstone por sus muchas sugerencias valiosas.

I.N.

## Introducción

A petición de sus editores, a quienes el doctor Nitobe ha permitido alguna libertad en cuanto a este proemio, me complace ofrecer algunas líneas a modo de introducción de esta edición de *Bushido*, para sus lectores hispanoparlantes del mundo entero. Hace más de quince años que conozco al autor aunque, en medida al menos, hace cuarenta y cinco años que me he relacionado con el tema.

Fue en 1890, en Filadelfia (donde en 1847 vi el lanzamiento del *Susquehanna*, el buque del Almirante Perry), cuando por primera vez vi a un japonés y conocí a los miembros de la Embajada de Yedo. Quedé sumamente impresionado por estos extraños, para quienes Bushido era un código viviente de ideales y comportamiento. Después, a lo largo de tres años en la Universidad de Rutgers en Nueva Brunswick, estado de Nueva Jersey, yo me encontraba entre hordas de jóvenes provenientes del Nipón, a quienes les impartía clases, o bien, a quienes conocía como compañeros de clase. Me di cuenta de que Bushido, acerca del cual solíamos hablar, era una cosa increíblemente simpática. Tal y como se ilustra en las vidas de estos gobernadores,

diplomáticos, admirantes, educadores y banqueros del futuro y, sí, incluso en las últimas horas de más de un hombre que se "quedó dormido" en el Cementerio de Willow Grove, el perfume de tan aromática flor proveniente del lejano Japón era muy dulce. Jamás se me olvidará cómo Kusakabe, el joven samurái moribundo, al ser invitado al más noble de los servicios y al anhelo más alto, respondió: "Incluso si pudiese conocer a su Maestro, Jesús, no le ofrecería sólo la escoria de una vida". Así que, "sobre las orillas del viejo Raritan", en el atletismo, en las bromas alegres, así como en la mesa a la hora de la cena, al comparar lo japonés con lo yanqui, y en la discusión en torno a la ética y los ideales, me sentí muy dispuesto a asumir la "réplica de misionario converso" acerca de la cual alguna vez escribió mi amigo Charles Dudley Warner. A momentos, diferían los códigos de ética y de convención, aunque más bien a modo de puntos o tangentes, que a modo de ocultación o eclipse. Tal y como lo escribió su propio poeta —¿acaso hace mil años?— cuando, al cruzar un terreno pantanoso, las flores colmadas de rocío, al rozar su bata, dejaron gotas centelleantes en su brocado: "Por motivo de este perfume, no he de secar la humedad de mi manga".

Ciertamente, me alegraba salir de hoyos, mismos que, dicen, difieren de los sepulcros sólo por su longitud. ¿Pues acaso no es la comparación la esencia de la ciencia y la cultura? ¿No es acaso cierto que, en el estudio de las lenguas, la ética, la religión y los códigos de comportamiento, "aquel que conoce sólo uno, no conoce ninguno"?

Convocado en 1870 al Japón como educador pionero para introducir los métodos y el espíritu del sistema de educación pública norteamericano, ¡cómo me complació abandonar la capital y, en Fukui, en la provincia de Echizen, ver el

feudalismo puro puesto en práctica! Ahí advertí el Bushido, no como algo exótico, sino en su propia tierra.

En la vida cotidiana, me di cuenta de que el Bushido, con sus jiu-jitsu, *hara-kiri*, postraciones corteses sobre los tapetes y genuflexiones sobre la calle, leyes de la espada y del camino, todas las saluciones serenas y moldes de locución, cánones del arte y la conducta, así como los heroísmos para la esposa, la sirvienta y los niños, daban forma al credo y praxis universal de toda la gente bien nacida de esa ciudad y provincia de castillos. Dentro de ella, como escuela viviente de pensamiento y vida, se les educaba por igual a niños y a niñas. Aquello que el doctor Nitobe recibió como herencia, lo que se le había metido por las narices y sobre lo cual escribe con tanta gracia y fuerza, con tanto entendimiento, perspicacia y amplitud de visión, lo vi yo. El feudalismo japonés "murió sin la mirada" de su expositor más hábil y su defensor más persuasivo. Para él, es como un soplo de fragancia. Para mí, fue "la planta y la flor de la vida".

Por ende, al vivir bajo el régimen y estar adentro en la víspera de la muerte del feudalismo, que es el cuerpo del Bushido, puedo atestiguar la verdad esencial de las descripciones del doctor Nitobe, en todo lo que abarcan, así como la fidelidad de sus análisis y generalizaciones. Él ha descrito con arte experto y ha reproducido el colorido de la pintura que mil años de literatura japonesa refleja de modo tan glorioso. El Código del Samurai se desarrolló a lo largo de un milenio de evolución, y nuestro autor se percata de los florecimientos que han iluminado el camino transitado por millones de almas nobles, sus compatriotas.

El estudio crítico ha profundizado mi propio sentido del poder y del valor del Bushido para la nación. Aquel que pretenda comprender el Japón del siglo XX debe conocer